



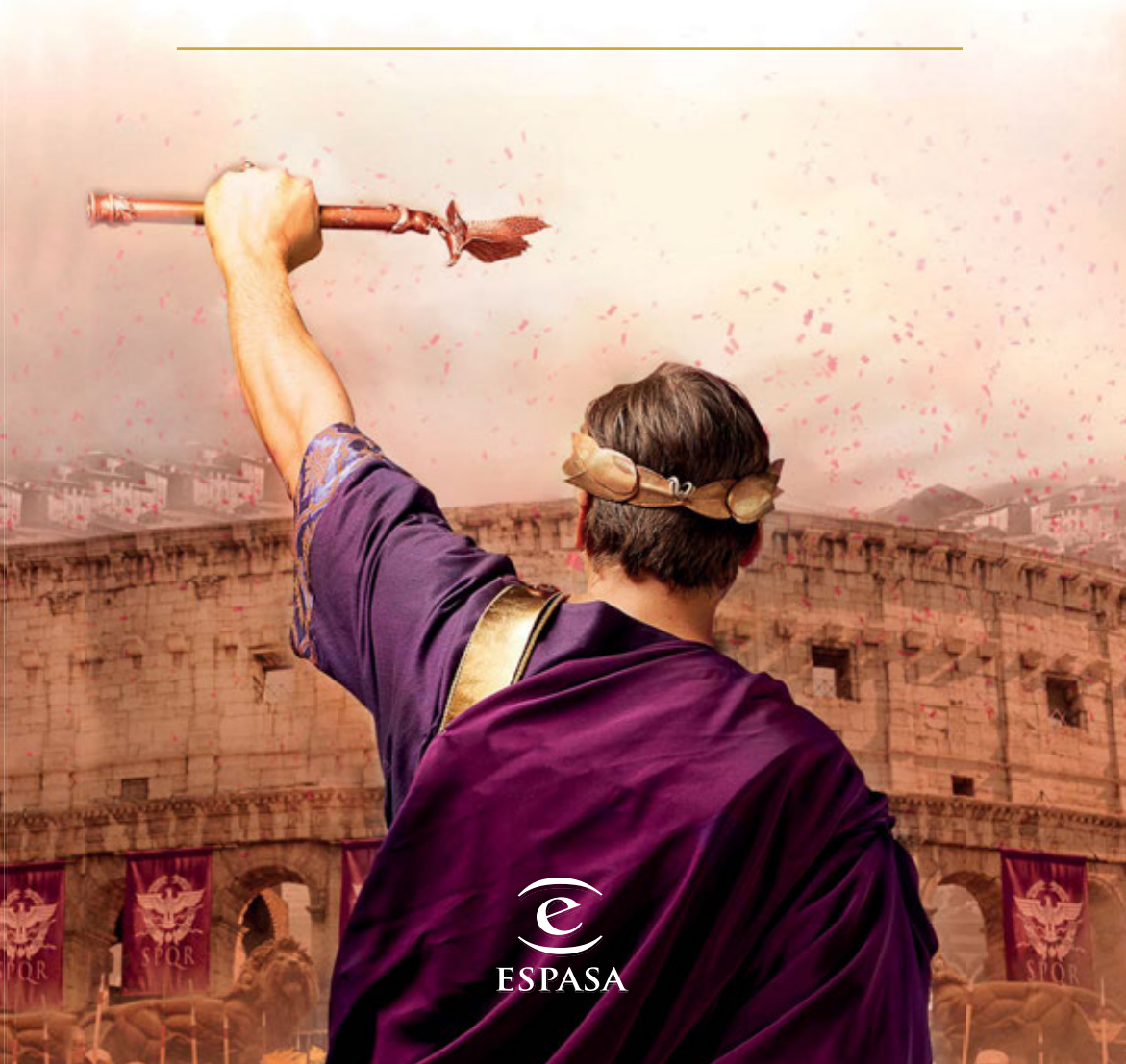
---

HARRY SIDEBOTTOM

# EL TRONO DEL CÉSAR

HIERRO Y PODER

---



ESPASA

HARRY SIDEBOTTOM

EL TRONO DEL CÉSAR.  
HIERRO Y PODER

Traducción de Maria José Díez Pérez

  
ESPASA

Título original: *Iron and Rust*

© Ballista Warrior of Rome Limited, 2015

© por la traducción, Maria José Díez Pérez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© de los mapas del interior: John Gilkes, 2014

Primera edición: octubre de 2019

ISBN: 978-84-670-5680-8

Depósito legal: B. 17.870-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



LA FRONTERA NORTE  
CAMPAMENTO A LAS AFUERAS DE MOGONCÍACO,  
OCHO DÍAS ANTES DE LOS IDUS DE MARZO, 235 D. C.

«Tenedme a salvo en vuestras manos.»

Aunque el sol ya habría salido y para entonces estaría alto en el cielo, en el sanctasanctórum del gran pabellón apenas se percibía.

«Oh, dioses, tenedme a salvo en vuestras manos. —El joven emperador rezaba en silencio, moviendo los labios—. Júpiter, Apolonio, Cristo, Abraham, Orfeo: haced que llegue a ver el nuevo día.»

A la luz de las lámparas, el ecléctico abanico de deidades lo contemplaba impasible.

«Alejandro, Augusto, Magna Mater: velad por vuestro elegido, velad por el trono de los césares.»

Unos ruidos, como de chillidos de murciélagos agitados, llegaron del otro lado del pequeño altar de dioses domésticos, detrás de las pesadas colgaduras de seda, interrumpiendo sus plegarias. En algún lugar de los reconvocos más lejanos del laberinto de corredores envuel-

tos en sombras purpúreas y de espacios cerrados se oyó el estrépito de algo al romperse. Todos los integrantes del séquito imperial eran unos necios: unos necios torpes y cobardes. Los soldados ya se habían amotinado otras veces. Al igual que sucedió en esas ocasiones, el contratiempo se solventaría, y cuando eso ocurriese, los sirvientes que se hubieran ausentado de su deber o se hubiesen aprovechado del alboroto sufrirían las consecuencias. Si alguno de los esclavos o libertos estaba robando, haría que les cortasen los tendones de las manos. De ese modo ya no podrían robar. Les serviría de lección. La *familia Caesaris* precisaba de una disciplina constante.

El emperador Alejandro Severo se cubrió la cabeza con un pliegue del manto, se llevó la mano derecha al pecho y se dispuso a rezar de nuevo. Los augurios llevaban meses siendo malos. En su último cumpleaños, el animal que había de ser la víctima propiciatoria había escapado, salpicándole la toga con sangre. Cuando partían de Roma, un vetusto y colosal laurel de pronto cayó cuan largo era. Y allí, en el Rin, recordaba el vaticinio de la mujer druida: «Ve. No cuentes con la victoria ni confíes en tus soldados». Las palabras de la profecía resonaban en su cabeza. «*Vadas. Nec victoriam speres, nec te militi tuo credas.*» Resultaba sospechoso que lo hubiera dicho en latín. Sin embargo, la tortura no había revelado ninguna influencia mundana maligna. Fuera cual fuese la lengua que utilizase la druida, los dioses necesitaban víctimas propiciatorias.

«A Júpiter un buey. A Apolonio un buey. A Jesucristo un buey. A Aquiles, Virgilio y Cicerón, a todos vosotros, héroes...»

Mientras efectuaba cada voto, Alejandro lanzó un beso a cada una de las estatuillas. No era suficiente. Se arrodilló y a continuación, con cierta torpeza, pues la intrincada armadura le estorbaba, inclinó el torso por completo para rendir culto ante el *lararium*. Cerca del rostro, reparó en el hilo de oro de la alfombra blanca. El tejido desprendía un ligero olor a moho.

Nada de eso era culpa suya, por supuesto. El penúltimo año en el este había caído enfermo. La mitad de las tropas que lo acompañaban había enfermado. Si no hubiese ordenado la retirada a Antioquía, los persas habrían acabado con ellos. No sólo el ejército del sur, que quedó atrás, sino también el ejército de campaña romano principal. Allí, en el norte, se habían abierto numerosas brechas en la frontera. Entablar negociaciones con algunos de los bárbaros no era una debilidad. De nada servía luchar contra todos a la vez. Promesas juiciosas y regalos podían alentar a algunos a que se mantuviesen al margen, tal vez incluso a que se unieran a ellos para aniquilar a sus hermanos. Ello no significaba que el castigo que merecían no se fuera a aplicar, tan sólo que quedaba aplazado. Los bárbaros desconocían el concepto de *buena fe*, de manera que no era preciso cumplir las promesas que se les hacían. Semejantes cosas no se podían afirmar en público, pero ¿por qué no veían los soldados verdades tan obvias? Por supuesto, la soldadesca del norte, reclutada en los campamentos, era poco mejor que los propios bárbaros. Y sus entendederas, igualmente limitadas. Ésa era la razón de que desconocieran el funcionamiento del dinero. Desde que Caracalla, el emperador que quizá fuese su padre, les dobló la paga a los soldados, el erario se había quedado casi vacío. Veturio,

el tesorero que nombró su madre, llevó a Alejandro al *fiscus*: no había nada que ver excepto hilera tras hilera de arcas vacías. Como había intentado explicar Alejandro en más de una ocasión en diversas plazas de armas, sería preciso obtener donativos al ejército por la fuerza, provenientes de civiles inocentes e incluso de las familias de los soldados.

La luz entró a raudales cuando alguien descorrió una colgadura. Feliciano, el mayor de los dos prefectos del pretorio, entró. Nadie lo anunció y nadie echó la cortina. Por la abertura que dejó el prefecto se coló un sinfín de pájaros minúsculos, que dieron vueltas por la cámara, exhibiendo vivos amarillos, rojos y verdes cuando atravesaban la franja de luz. ¿Cuántas veces había advertido Alejandro a sus cuidadores de lo molesto y costoso que resultaba reunirlos? En cada cena, cuando los soltaban para que amenizasen a los presentes con sus brincos y sus revoloteos, uno o dos se perdían o morían. ¿Cuántos quedarían después de esto?

Feliciano espantó con una agresividad fútil a aquellos que viraron y le pasaron cerca de la cabeza mientras se dirigía hacia el tenue brillo que irradiaban los tronos de marfil gemelos. La madre del emperador se hallaba sentada allí, en la penumbra. Graniano, el anciano tutor de Alejandro que había ascendido a la cancillería imperial, se encontraba junto a Mamea, susurrando. El secretario de estudios siempre estaba al lado de la emperatriz, musitando todo el tiempo.

Alejandro volvió a sus oraciones. «Lo que no desees que te haga un hombre, no se lo hagas a él.» Había hecho inscribir esta frase sobre su *lararium*. La había oído en el este, a un anciano judío o cristiano. Lo asaltó un pensa-

miento poco grato. Se acodó y buscó al glotón de la corte. Alejandro lo había visto comerse pájaros, con plumas y todo. Todo estaba en orden: el omnívoro se encontraba en un rincón, más allá de los instrumentos musicales de Alejandro, acurrucado con uno de los enanos. Ninguno de los dos prestaba atención a las aves ornamentales. Miraban a la nada con cara inexpresiva. Daba la impresión de que el motín había consumido toda su vitalidad.

—Alejandro, levanta y ven aquí. —La voz de su madre era perentoria.

Despacio, para no parecer demasiado pusilánime, el emperador se puso en pie.

En el aire flotaba un denso humo de incienso, aunque el fuego sagrado ardía casi sin fuerza en su altar portátil. Alejandro se planteó si debía ordenar a alguien que fuese por leña. Sería terrible que se apagase.

—Alejandro.

El emperador se volvió hacia su madre.

—La situación no es irreparable. El campesino al que los reclutas han vestido de púrpura no ha llegado aún. Su aclamación atraerá a menos partidarios entre los oficiales veteranos.

Mamea siempre sabía cómo actuar en una crisis. Alejandro recordó la noche en que subió al poder, la noche que murió su primo hermano, y se estremeció.

—El prefecto del pretorio Corneliano ha ido en busca de la cohorte de emesenos. Son los nuestros. Jotapiano, el comandante, es pariente nuestro. Nos serán leales. Y los demás arqueros del este también. Traerá a los armenios y a los de Osrena.

A Alejandro nunca le había caído en gracia Jotapiano.

—Feliciano se ha ofrecido voluntario para volver al



Campo de Marte. Es un acto de valentía. Así es como se comporta un hombre. —Mamea pasó los dedos suavemente por los esculpidos músculos de la coraza del prefecto. Alejandro confió en que los rumores no fuesen ciertos. Nunca se había fiado de Feliciano—. La avaricia de los soldados es insaciable —dijo Mamea a su hijo—. Feliciano les ofrecerá dinero, un donativo generoso. Las subvenciones a los germanos cesarán. A los soldados se les prometerán unos fondos diplomáticos, así querrán a quienes consideran sus enemigos. —Bajó la voz—. Exigirán la cabeza de Veturio. El tesorero ha de ser sacrificado. Exceptuando a nosotros cuatro, Feliciano podrá entregarles a cualquiera.

Alejandro miró al glotón. De todas las criaturas grotescas de la corte, el *polyfagus* era el preferido de Alejandro. Era improbable que los amotinados pidieran la muerte del omnívoro imperial.

—Alejandro. —La voz de su madre lo devolvió al presente—. Los soldados querrán ver a su emperador. Cuando regrese Feliciano, saldrás con él. Les dirás desde la tribuna que compartes su deseo de que sus familias sean vengadas. Prometerás marchar a su cabeza contra los bárbaros que mataron a sus seres queridos. Juntos liberaréis a los esclavos y haréis que caiga una venganza terrible sobre quienes infligieron tan atroces sufrimientos. Ofrece a los soldados el trato que corresponde a un *imperator*: fuego y espada, aldeas en llamas, un botín espléndido, montañas de cadáveres de sus enemigos. Pronuncia una arenga mejor que la de esta mañana.

—Sí, madre.

Feliciano hizo el saludo romano y salió de la tienda de campaña.

Era tremendamente injusto. Él había hecho cuanto había podido. A la luz gris que precede al alba había ido al Campo de Marte. Ataviado con la armadura ornamental, subió a la plataforma elevada y allí permaneció a la espera con los soldados que habían renovado su juramento a él la noche anterior. Cuando los reclutas amotinados emergieron de la oscuridad casi absoluta, llenó los pulmones de aire para dirigirse a ellos. Nunca le sería fácil. El latín no era su lengua materna. De poco sirvió: no le dieron la oportunidad de hablar.

«¡Cobarde! ¡Blandengue! ¡Niña infame agarrada al delantal de su madre!» Aquellos gritos se anticiparon a cualquier cosa que pudiera haber dicho él. En su lado de la plaza de armas, primero una fila o dos y después filas enteras bajaron las armas. Él se dio la vuelta y se fue corriendo. Perseguido por pullas y abucheos, volvió dando tumbos a los aposentos imperiales.

Ahora que el prefecto Feliciano se había marchado, Mamea estaba inmóvil como una estatua. Graniano trató de susurrar algo, pero ella lo hizo callar con un gesto. Los pajarillos revoloteaban por todas partes.

Alejandro seguía allí, vacilante. Un emperador no debía ser indeciso.

—*Polyfagus*. —El gordo se levantó con pesadez y fue tras Alejandro hasta donde se hallaba dispuesta la comida—. Diviértete, come. —Alejandro señaló un montón de lechugas en una cesta, y el glotón empezó a comer; las mandíbulas masticando sin parar, la garganta moviéndose arriba y abajo. Comía con poco entusiasmo—. Más deprisa. —Sirviéndose de ambas manos, el omnívoro se metió las hojas verdes en la boca. Pronto no quedó ninguna—. El cesto.

Era de mimbre. El *polyfagus* lo partió y se puso a ello. Aunque poco a poco fue desapareciendo en su boca, no lo atacaba con su entusiasmo habitual.

Alejandro deseó poder librarse de su madre, pero no había nadie más. Nadie más en quien pudiera confiar. Había confiado en la primera esposa que le habían otorgado. Sí, confió en Memia Sulpicia con toda su alma, pero después su padre, Sulpicio Macrino, conspiró contra él. Las pruebas que presentaron los espías imperiales no dejaban lugar a dudas. Los *frumentarii* de Volo, capitán de los espías, habían sido concienzudos. Antes incluso de someter a tortura a Sulpicio no cabía la menor duda. Su madre quiso que también ejecutaran a Memia Sulpicia, pero Alejandro se mostró firme. No le permitieron ver a su esposa, pero le perdonó la pena por el exilio. Que él supiera, seguía viva en algún lugar de África.

El omnívoro escupió y cogió un jarro.

Sucedió casi lo mismo con su segunda esposa, Barbia Orbiana. No había tenido suerte con sus suegros.

El *polyfagus* bebió una generosa cantidad de vino.

Tal vez las cosas hubiesen sido muy distintas de haber vivido su padre, pero murió antes de que Alejandro fuese lo bastante mayor para recordarlo. Después, cuando él tenía nueve años, le dijeron que Gesio Marciano, el funcionario del orden ecuestre al que recordaba vagamente de Arca, en Siria, no era su padre. En realidad, él era hijo natural del emperador Caracalla. Pero para entonces Caracalla también llevaba muerto más de un año. Este inesperado giro en la progenie de Alejandro reveló que el emperador Heliogábalo, que ocupaba el trono desde no hacía mucho, no era sólo primo hermano suyo, sino también hermanastro. Salió a la luz que sus madres,

las hermanas Soemias y Mamea, cometieron adulterio con Caracalla y después lograron convencer a Heliogábalo de que adoptara a Alejandro. No había muchos muchachos que tuvieran tres padres reconocidos públicamente antes de cumplir los trece años, con dos de ellos adorados como dioses y el último tan sólo cinco años mayor que él.

Cinco años mayor que él y perverso hasta más no poder. Mamea intentó proteger a Alejandro de Heliogábalo y sus cortesanos, tanto de su malicia como de su influencia. Todo cuanto comía y bebía Alejandro se probaba antes de llegar a la mesa. Los sirvientes que lo rodeaban los había elegido su madre uno a uno, no procedían de la cantera del palacio. Y lo mismo sucedió con la guardia. Se contrató a multitud de expertos en literatura y oratoria griega y latina sin reparar en gastos, además de a hombres versados en música, lucha libre, geometría y toda aquella actividad que se considerase adecuada para contribuir al desarrollo cultural y moral de un *princeps*. No se seleccionó a ninguno por su jovialidad. Tras su subida al trono, muchos de los intelectuales permanecieron en la corte, como Graniano, que pasó a ocupar diversos cargos en la secretaría del imperio. La subida de categoría no propició merma alguna en su frivolidad.

Mientras reinaba su primo hermano, Mamea mantuvo a salvo a Alejandro. Sin embargo, pese a todos sus esfuerzos, oscuras historias de depravación y vicio llegaron a sus oídos por boca de los amigos de confianza de Heliogábalo. Alejandro recordaba que estas historias susurradas lo horrorizaban y excitaban a la vez. Heliogábalo se despojó de toda decencia y del control que ejercía su madre. Una vida de cenas, mujeres, rosas y mucha-

chos, de placer y más placer fútil; un hedonista Pelión subido encima de Osa; una vida que ponía en evidencia la imaginación de epicúreos y cirenaicos. Pensar en la libertad, en el poder. Como una guardiana diligente, Mamea protegió a Alejandro de la posibilidad de experimentar tales tentaciones, pero no lo protegió del final.

Una noche oscura, la luz de las teas se reflejaba en los charcos. Dos días antes de los idus de marzo. Alejandro tenía trece años, estaba en el Foro con su madre. Las sombras se movían en las altas columnas del templo de la Concordia. La guardia pretoriana entregó a sus víctimas al populacho. Ambas estaban desnudas, cubiertas de sangre. A Heliogábalo lo llevaban a rastras de un gancho que le entraba por el estómago y le subía hasta el pecho. De Soemias tiraban por los tobillos, las piernas obscenamente abiertas. La cabeza iba golpeando la calzada. Lo más probable era que ya hubiesen muerto. Mamea observaba el último recorrido de su hermana, un viaje que en parte orquestó ella. A Alejandro le entraron ganas de volver al palacio y esconderse. No, a una señal de su madre, la guardia pretoriana gritó: «¡Ave, César!», y formó a su alrededor para llevarlo al campamento.

Alejandro miró en derredor para librarse de la imagen. Vio toda clase de comida fría: sandías, sardinas, pan, galletas. Había un montón de servilletas imperiales, blancas como la nieve. Alejandro lanzó una hacia delante.

—Cómetela.

El *polyfagus* la cogió, pero no empezó a comer.

—¡Come!

El hombre no se movió.

Alejandro sacó la espada.

—¡Come!

Con la boca abierta, el *polyfagus* jadeaba.

Alejandro blandió la espada ante su cara.

—¡Come!

Un cambio de luz, una ráfaga de aire en la perfumada calma. Alejandro se volvió con rapidez.

En la abertura apareció un guerrero bárbaro. Era joven y vestía cuero y pieles, el cabello largo y lacio por los hombros. Su repentina aparición resultaba inexplicable. En la mano esgrimía una hoja desnuda. Alejandro fue consciente de la espada que también él empuñaba. Y entonces se acordó. Sabía desde hacía tiempo que eso sucedería. El astrólogo Trasíbulo se lo había dicho. Logró encontrar el valor necesario para alzar el acero. Sabía que todo era inútil: no se puede luchar contra lo que está escrito.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, el bárbaro se mostró visiblemente sorprendido. Era evidente que esperaba que la cámara estuviese vacía. Titubeó y después dio media vuelta y se marchó.

Alejandro rompió a reír, el sonido estridente y áspero penetró en sus oídos. Rio y rio. Trasíbulo se equivocaba. Era un necio. Había interpretado mal las estrellas. El destino de Alejandro no era morir a manos de un bárbaro. Ni entonces ni nunca. Trasíbulo no era más que un charlatán. De haber sido otra cosa, habría podido ver su propio destino, habría sabido lo que le deparaba el día siguiente: el poste y la hoguera; arder despacio o asfixiarse con el humo.

Esto acabaría bien. El emperador lo sabía. Alejandro se había enfrentado a la muerte y se había dado cuenta

de su valía. No era un cobarde, no era una niña infame. Esas palabras ya no podían herirlo. Era un hombre.

Con el bárbaro, al parecer, desaparecieron sus últimos sirvientes. Hasta el enano se había desvanecido. El pabellón estaba desierto a excepción de su madre, que permanecía sentada en el trono; Graniano, a su lado, y el propio Alejandro con el *polyfagus*. A Alejandro le daba lo mismo. Eufórico, se encaró de nuevo con este último:

—¡Come!

El hombre tenía el rostro sudoroso. En lugar de comer, se limitó a señalar.

Ahora en la entrada había tres oficiales romanos, con yelmo y coraza. El que iba en cabeza sostenía algo en una mano. Al igual que el bárbaro, esperaron hasta que pudieron ver en la penumbra.

—Feliciano ha regresado. —El que habló arrojó al suelo lo que llevaba en la mano, que cayó pesadamente y rodó un tanto.

Alejandro no tuvo que mirar para saber que era la cabeza del mayor de los prefectos.

Los oficiales desenvainaron las armas mientras entraban en la tienda.

—¿Tú también, Anulino? —preguntó Mamea, manteniendo la voz bajo control.

—Yo también —repuso.

—Podrías tener dinero, ser prefecto de la guardia.

—Todo ha terminado —afirmó Anulino.

—Alejandro te adoptará, te convertirá en César, te nombrará heredero.

—Todo ha terminado.

Alejandro se situó junto a su madre, aún tenía la espada en la mano. No era ningún cobarde. Sólo eran tres, y a

él lo habían adiestrado los mejores espadachines del imperio.

Los oficiales se detuvieron a unos pasos de los tronos. Miraron a su alrededor, como para asumir la gravedad de los actos que estaban a punto de cometer. La sesgada luz arrancaba destellos a las espadas que portaban. El acero parecía brillar y emitir un sonido amenazador.

Alejandro fue a levantar su propia arma. Tenía la mano sudorosa. Entonces supo que el valor que había adquirido era temporal. Soltó el arma, y la espada cayó al suelo repiqueteando.

Uno de los oficiales resopló con sorna.

Sollozando, Alejandro se desplomó de rodillas y se aferró a las faldas de su madre.

—Todo esto es culpa tuya. ¡Es culpa tuya!

—¡Silencio! —espetó ella—. Un emperador debería morir de pie. Al menos muere como un hombre.

Alejandro enterró la cabeza en los pliegues de la tela. ¿Cómo podía decir semejantes cosas su propia madre? Todo era culpa de ella. Él nunca había querido ser emperador; trece años de negación, aburrimiento y miedo. Él nunca había querido hacerle daño a nadie. «Lo que no desees que te haga un hombre...»

Los oficiales avanzaban.

—Anulino, si haces esto, quebrantarás el juramento que prestaste ante los estandartes.

Al oír la voz de Mamea, los hombres se detuvieron. Alejandro se asomó.

—En el *sacramentum*, ¿acaso no juraste anteponer la seguridad del emperador a todas las cosas? ¿No juraste hacer lo mismo por su familia?

Mamea estaba espléndida. Los ojos luminosos, la ex-



presión resuelta, el cabello como un yelmo de cresta, parecía un icono de una deidad implacable, de las que castigaban a quienes quebrantaban los juramentos.

Los oficiales seguían firmes en sus puestos, pero parecían inseguros.

¿Sería capaz de detenerlos? Alejandro había leído algo así en alguna parte.

—El pago que reciben los asesinos en su justa medida son los pesares que los dioses infligirán sobre sus hogares.

Alejandro abrigó esperanzas. Era Mario, en Plutarco: el fuego de sus ojos hizo retroceder a los asesinos.

—Todo ha terminado —repitió Anulino—. ¡Marchaos! ¡Retiraos!

El hechizo se había roto, la decisión era irrevocable. Sin embargo, los hombres no se precipitaron. Era como si esperasen a escuchar las últimas palabras de Mamea, a sabiendas de que no les impartiría ninguna bendición, de que no recibirían nada salvo salir lastimados.

—Zeus, protector de los juramentos, sé testigo de esta abominación. ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! Anulino, prefecto de los armenios, yo te maldigo. Y a ti, Quinto Valerio, tribuno de los *numeri Brittonum*. Y a ti, Amonio, de los catafractos. Que el oscuro Hades libere a las Erinias, las terribles hijas de la noche, las furias que nublan el juicio de los hombres y tornan su futuro en cenizas y sufrimiento.

Cuando terminó de hablar, los hombres avanzaron, pero ella los detuvo con un gesto imperioso.

—Y maldigo al campesino que colocaréis en el trono y maldigo a aquellos que lo sigan. Que ni uno solo de ellos conozca la dicha, la prosperidad o el desahogo.

Que todos ellos se sienten a la sombra de la espada. Que su mirada no contemple durante mucho tiempo el sol y la tierra. El trono de los césares está corrompido. Quienes suban a él descubrirán por sí mismos que no podrán escapar del castigo.

Anulino levantó la espada.

—¡Marchaos! ¡Retiraos!

Mamea no se inmutó.

—*Exi! Recede!* —repitió.

Anulino dio un paso adelante. Proyectó la espada hacia delante, y entonces Mamea se movió. No pudo evitar alzar la mano, pero fue demasiado tarde. Alejandro vio sus dedos cercenados, la antinatural brusquedad de la gran hendidura roja que se abría en el cuello de su madre, el chorro de sangre.

Alguien gritaba, un sonido estridente y ahogado, como el de un niño. Anulino descollaba sobre él.

—*Exi! Recede!*